



CAPITULO IV

DE AGUALARGA Á HONDA

El camino de montaña actual desde Agualarga hasta Honda.—Los cafetales de Chimbe.—La trocha de Guayacundo.—Villeta.—El alto del Obispo.—La cuesta de Petaquero.—Las Tibayas.—Guaduas.—*Tusculum*.—El Consuelo.—La llegada al río Magdalena.

Desde Agualarga hasta Honda pocos son los cambios que puedan registrarse en el curso de los cincuenta últimos años, tanto en el camino mismo cómo en las tierras que lo avecinan.

En Agualarga, término de la carretera, se han fundado una tenería y una fábrica de calzado que dirigen sus dueños, los señores Hermógenes y Sixto Durán, y administraban los señores Carlos y Alejandro Uerós. En ella se curten cueros de diversos animales, desde el becerro común hasta la cabritilla y el charol, y se fabrica calzado fino y ordinario á precios comparativamente económicos. Aún no se sabe si el éxito final de esos laboriosísimos y estimables trabajos será feliz ó desgraciado.

Al lado de la tenería se ha fundado un hotel, regularmente servido, á lo menos con aseo y buena voluntad. Una legua más abajo, en Chimbe, principian extensas plantaciones de café, iniciadas ahora quince años, no sabemos á punto fijo por quién; pero nos parece que el señor Tyrrel Moore,—ciudadano inglés de grandes talentos y estudios, que yá en Antioquia había prestado notables servicios á la industria minera—y el señor Francisco Ospina, fueron los primeros que fundaron cafetales allí. De entonces acá, al rededor de diez ó doce establecimientos provistos de maquinaria adecuada á las diversas operaciones de

descerezar, secar, trillar, limpiar y escoger los granos, se han fundado huertas y estancias de cultivadores en pequeño, que venden el café en cereza á los dueños de máquinas. Entre unos y otros llega á tres mil cargas, de á tres quintales cada una, el café que se envía á los mercados europeos; pero se espera que no se detendrán en esos guarismos las exportaciones de ese y de los distritos inmediatos, en donde hay tierras y climas á propósito para el cultivo de la planta. Es de temer si, por la observación de los precios y por lo que alcancé á oír en Europa y en los Estados Unidos, que á esas plantaciones les falta el empleo de abonos vegetales y animales, de que en el Oriente, en Java sobre todo, se hace uso considerable y se los lleva preparados desde Inglaterra y Holanda. Por el estudio de los precios se viene en conocimiento de que desde 1880 se ha sentido decadencia en ellos, pues de 120 chelines el quintal á que se los solía vender en ese año, han bajado á 80 y aun á 60. En cuanto al aprecio que se hace de la finura de su aroma, oí expresar el concepto de que ha disminuído.

Bella es la naturaleza salvaje y primitiva; pero más bello es aún el contraste que delante de ella forma la tierra yá cultivada y adecuada á las necesidades del hombre. Los campos de Sasaima presentan este contraste, vistos desde Chimbe; sobre todo desde el alto de Gascas. Las hileras rectas de los árboles de café, marcados por una blanca línea de azahares debajo del verde-oscuro y brillante de su follaje; el tono menos intenso de la ancha y delgada copa de los Muches que les prestan su sombra; el verde-claro del plumaje ondulante de los guaduales; el rojo-pálido del manto de flores con que se cubren los cámbulos; y el cerco de antiguos y vistosos árboles del bosque yá distante, forman una decoración magnífica á las cómodas habitaciones campestres, que de trecho en trecho anuncian la presencia del hombre, transformando lo que antes fue selva espesa en campos cultivados, y difundiendo el espíritu del trabajo en asocio íntimo con la gran naturaleza.

Forma esta colonia de cultivadores de café,—una de las mejores exhibiciones de la industria latente en el genio de nues-

tro país,—un grupo de familias de origen antioqueño todas, en que se notan las cualidades colonizadoras de su raza. Los señores Lorenzana & Montoya, Restrepo Sáenz, Herrera Restrepo, Mejía Montoya, Martínez Montoya, Moore Mejía, Ospina Alvarez, antioqueños todos, fueron los primeros fundadores de esas haciendas. No sabemos quiénes otros se hayan agregado luégo á esa comunidad distinguida; pero los nombres de éstos merecen conservarse como el núcleo de donde se propagará una fuente de riqueza importante en esa sección de Cundinamarca.

De aquí hasta Villeta, si se exceptúan las pacientes y sólidas reparaciones, que para suprimir el oceánico fangal del Salitre y de las Vueltas de Nuchal, dirigió el señor Nepomuceno Santamaría, nada hay digno de mención en todo el camino; pero se me permitirá un recuerdo de otros días.

Cuando, en Enero de 1866, se fundó la primera Junta del camino de Occidente, me tocó ir á recibir éste, en compañía de mis amigos los señores Miguel Samper y Máximo Lorenzana, miembros de aquélla. Hacía un invierno crudo, y el camino estaba absolutamente intransitable. Miguel Samper había comprado alpargatas en previsión de que tendríamos que desmontarnos algunas veces, y no juzgando bastante esa precaución, también negoció con el primer peón de á pie que encontró á la entrada del monte, un nudoso bastón de *cañaguate*, con fuerte recatón de hierro en su extremo inferior. Con esas dos maquinarias se juzgaba capaz de salir avante en todos los malos pasos; pero, al llegar á las casas del Salitre, el fangal era tan profundo y pegajoso, que no se podía avanzar ni retroceder, ni quedarse quieto, sin peligro de correr la misma suerte que el Sir de Ravenswood, en el célebre romance de Walter Scott.

—¿Qué hacemos?—preguntó lleno de angustia.

—Pónte las alpargatas,—le respondí.

—Pero, ¿en dónde? si no hay cómo desmontarse.

—Entonces, apóyese en el recatón del *mandador*, replicó Máximo.

—No, hombres,—dijo Miguel, con compunción,—el caso no es para chanzas.

—Bueno, voy á darte un barretón antioqueño para componer el camino. Y sacando una botella de brandy del cojinete, llené una vasija de coco, primorosamente labrada en el Alto de Santa Elena, hasta la cantidad de un cuarto de litro, y se la ofrecí.

El ilustre economista X Y Z, jamás había pecado más que con agua de moras, ó á lo sumo con guarapo dulce, y olvidando que en los grandes conflictos el valor ficticio puede suplir el valor real, á la vista de ese *rubicón* formidable se estremeció.

—¿Todo eso?—me preguntó;—míra que el brandy me mata.

—No hay remedio,—insistí,—antes me parece poca la dosis.

Agotó en silencio la copa tan fatal á los perjuros, haciendo algunos pucheritos semejantes á los de Sancho después de tomar el bálsamo de Fierabrás, y dando luégo un gran suspiro:

—Y decían que era un paseo muy agradable el que veníamos á dar, exclamó.

Seguimos luégo su ejemplo, y yo no sé: el hecho es que sin saber cómo nos encontramos en el corredor de la casa del Salitre sanos y confortados. Allí, el dueño de ella nos informó que conocía la Trocha de Guayacundo, por terrenos de su propiedad, en una parte por donde, con unos pocos azadonazos, podría sacarse carretero el camino hasta Mave, y se ofrecía á sacarnos por ella.

—Pues vamos á Guayacundo,—dijimos á un tiempo. Eche usted adelante.

Nuestro propietario cabalgaba en un potro rosillo, á cuyo legítimo *dos y dos*, daba él el calificativo de magnífico trochado: abrió con elegancia una puerta de golpe, soltó la trocha del rosillo, y después de atravesar una pequeña meseta cubierta de fina grama, le vimos desaparecer por una falda de 45 grados sobre una greda carretera, con la velocidad de una locomotora de alta presión: en la falda quedó marcada una sola huella de

la doble paralela que, estirando los brazos y doblando las piernas hasta posar las ancas en el suelo, había formado el rosillo en una extensión de cuarenta varas.

Oí en ese momento una voz lamentable que detrás de mí decía:

—¡Saalvaador!

Era el mismo X Y Z.

—Sacá otra vez el barretón, me dijo.

Saquelo, y sintiendo no tener una oveja negra que sacrificar á los dioses infernales, hicimos en silencio una triple libación, después de la cual nos arrojámos, menos desesperados que Safo, al salto de Léucades. Gracias á la influencia del valeroso elixir, sobre nuestras mulas, salimos con vida, visto lo cual mi amigo, en quien se habían despertado conocimientos raros de ingeniería, opinó que, á la verdad, debíamos cambiar por allí la dirección del camino de Occidente.

—Sí; pero entrando por el cuello de la botella,—modificó Máximo.

Algún tiempo después bajaba en dirección á Villeta, con el mismo ingeniero que tan alta idea se había formado de la desviación propuesta, y al pasar por Mave alcanzámos á ver, en uno de los cerros hacia la derecha, un gran derrumbo, hacia el cual le llamé atención.

—Será,—me dijo,—la trocha de Guayacundo, que se ha *carreteado* hasta Riodulce.

Villeta ha progresado poco en el medio siglo transcurrido desde que por primera vez la conocí: quizás no son fértiles los terrenos de su comarca; el comején ataca las maderas de las habitaciones y destruye las casas á vuelta de pocos años, sin que se haya podido encontrar para reponerlas, como en Medellín, ese famoso *comino crespo* ú otra madera inatacable por los insectos, que allí ha salvado de la ruina su bello y cómodo caserío.

Con excepción de los trapiches de Payandé, el Bagazal y Cune, en los que,—tal vez por falta de abonos, ó quizás de otras plantas industriales que permitan introducir rotación de cosechas,—la caña de azúcar lucha con el agotamiento del suelo, acrecentado con el gran declive de las lomas en que se la siembra, no hay en el Distrito, inmediatas al camino á lo menos, otras haciendas notables. Como lugar de veraneo para los habitantes de la ciudad y de la Sabana de Bogotá, los deliciosos baños del río de Villeta y los del Riodulce en el Bagazal, las frutas de tierra caliente, que se encuentran allí sazoadas y frescas, y sobre todo, el carácter sencillo, benévolo y hospitalario de sus pobladores, deberían atraer un número mayor de familias.

En el hotel del señor Gustavo Scioville, á la entrada de la población, encuentra el pasajero cuartos confortables, hamacas yá colgadas, mesa abundante y aseada, forraje para las caballerías, vinos y artículos de rancho, en variedad, y un servicio satisfactorio: en él se puede pasar muy bien una noche, y aun también una ó dos semanas de tregua á las destempladas lloviznas de Junio y Julio en Bogotá.

Las cuatro leguas que median entre Villeta y Guaduas son en extremo fatigosas, divididas entre tres subidas y dos bajadas. La primera de aquéllas empieza en las calles de Villeta y termina en el Alto del Obispo, nombre que se debe á la muerte que allí encontró el Arzobispo de Caracas, Doctor Ramón Ignacio Méndez, con la caída de la mula que lo conducía sobre la durísima roca que asoma á la superficie del suelo, en 1834. Dura le fue la suerte desde los comienzos de su vida hasta el fin de ella.

Fue uno de los sacerdotes que abrazaron con calor la causa de la Independencia desde 1810, y por ella sufrió de los españoles persecución y destierro; fue en seguida miembro del Congreso Constituyente de Cúcuta y elevado después á la silla arzobispal de Caracas. En 1824 concurrió al Congreso de Colombia, y en la acalorada discusión de la ley de Patronato, grandemente enojado con las opiniones expresadas por el Doctor Diego Fernando Gómez en sostenimiento de la regalía del Patronato por el Gobierno republicano, como sucesor en los derechos de la

Monarquía española, al levantarse la sesión dio al orador liberal una terrible bofetada. El ofendido, no satisfecho con expresar el concepto de que el "Prelado de la Iglesia había defendido las pretensiones de ésta, no con la elocuencia de un Crisóstomo, sino con la fuerza muscular de un buey", pidió, y obtuvo su expulsión del Senado. Diez años más tarde, durante la Administración del General Páez, habiéndose negado á obedecer la ley de Venezuela que abolía el fuero eclesiástico, fue juzgado y sentenciado á destierro. En el curso de su expatriación vino á encontrar tristemente el fin de su azarosa carrera. No era para él extranjera esta patria que había ayudado á fundar: aquí hubo dolor sincero para su desgracia: pomposas y concurrísimas exequias recibió en la Catedral, y sus restos yacen en el Cementerio público, cercanos á los del señor Arzobispo Herrán.

Pasando el Alto del Obispo, unas cortas laderas al rededor de un empinado cerro, y una meseta en la cual se atraviesa tres ó cuatro veces la quebrada de Cune ó de San Pedro, empieza la subida del Petaquero, nombre ominoso á la verdad. En la subida á veces se emplean dos horas mortales, si el fletador de la bestia no ha medido bien, como ordinariamente sucede, la cantidad de mula que da en flete. Sísifo empujando su peñón legendario á la cumbre del cerro, apenas daría una pálida idea del tormento que ocasiona empujar á una mula petacona por la cuesta de Petaquero arriba. Si el areonauta mejicano, señor Guerrero, quisiese establecer allí una línea de sus globos para verificar el ascenso hasta el Alto del Trigo, seguro estoy de que no le faltaría clientela.

El espíritu, fatigado con esa mortal subida, encuentra reposo al trasponer la cumbre con la frescura del clima, que no pasará de 18° centígrados, y en la contemplación del valle de las Tibayas, que se presenta inmediatamente á la vista. Fórmalo una cuenca de poco más de una legua de largo y dos kilómetros de ancho, á lo más, en su parte superior, con unos doscientos metros de profundidad, á cuyo fondo se desciende por una tendida y amena falda salpicada de pobres habitaciones campesinas. El suelo está desmontado y cubierto de verde grama, ex-

cepto al rededor de los hogares en donde, en una pequeña arboleda, forman contraste el verde-claro de los sauces con la tinta oscura de los cajetos y los aguacates. Debajo de ellos sombrea apacible el manso buey, socio del hombre en sus humildes faenas, ó trisca el corderillo inocente, y en sus ramas busca abrigo, exhalando sus últimos gorjeos, una nube de pajarillos multicolores. A la caída de la tarde tiene este paisaje una belleza melancólica indecible; el sol se oculta majestuoso detrás de los grandes robles que coronan la cumbre opuesta del Raizal; en lo alto brilla el azul del firmamento, cubierto á trechos por leves nubecillas de oro y carmín; sobre la tierra avanza á grandes pasos la sombra de la tarde anunciando á los habitantes de la tierra, como á los del aire, el descanso de la noche; la cual desciende como una bendición que lleva la calma y la paz de la naturaleza al alma del hombre. Involuntariamente vienen á la memoria estas estrofas de Lamartine:

“Ah! c'est là qu'entouré d'un rempart de verdure,
D'un horizon borné qui suffit à mes yeux,
J'aime à fixer mes pas, et, seul dans la nature,
A n'entendre que l'onde, à ne voir que les cieux.

“J'ai trop vu, trop senti, trop aimé dans la vie:
Je viens chercher vivant le calme du Léthé;
Beaux lieux, soyez pour moi ces bords où l'on oublie:
L'oubli seul désormais est ma félicité.

.....

“Tes jours sombres et courts comme les jours d'automne
Declinet comme l'ombre au penchant des coteaux.
L'amitié te trahit, la pitié t'abandonne,
Ee seul, tu descends les sentiers des tombeaux.

“Mais la nature est là qui t'invite et qui t'aime;
Plonge-toi dans son sein qu'elle t'ouvre toujours.
Quand tout change pour toi, la nature est la même.
Et le même soleil se lève sur tes jours”.

[Le Vallon].

Desde el fondo de este vallecito, una subida de 175 metros verticales, divididos en unos 700 ú 800 de trayecto, conduce á la cumbre del cerro del Raizal, á cuyo pie, 750 metros más abajo, demora la pequeña ciudad de Guaduas, la segunda en población en Cundinamarca. Su caserío de teja, muellemente recostado sobre la falda del cerro, extiende su pie hasta las orillas de un riachuelo, cubierto de guaduales en unas partes, y de árboles frondosos en otras. Ocupando el punto medio de un valle de unas dos leguas de largo, con una anchura que varía desde un cuarto hasta tres cuartos de legua, y rodeado por todas partes de colinas suavemente redondeadas, la vista se recrea en paisajes risueños por todos lados. Una quebrada que baja del Oriente baña uno de los costados del pueblo, y algunas casas de campo, blanqueadas y alegres en otro tiempo, hoy algo maltratadas por los años, la rodean en diversas direcciones. El paisaje, la situación, y el clima, recuerdan no poco á Medellín, la bella y rica metrópoli antioqueña

Pareciome Guaduas algo en decadencia: vi al paso casas en ruína y el aviso de mal agüero: *se vende esta casa*, podía leerse sobre la pared de algunas más.

El simpático hotel del Valle, en donde se disfrutaba agradable fresco durante el día y cómodo descanso durante la noche, merced á los solícitos cuidados de su propietario, el señor Ramón Leiva, y de su señora, ha sido últimamente trasladado de la orilla del río, en donde la casa estaba rodeada de jardines y grandes árboles, á la parte alta de la población, á otro local, cuyas comodidades no conocemos, pero que tiene al frente también un hermoso jardín, formado por el célebre escritor y hombre de Estado, Doctor M. Murillo, quien solía pasar en esa ciudad frecuentes temporadas.

Las familias de Acostas, Gutiérrez, Samperes y Guzmanes, eran distinguidas en Guaduas, la primera por el señor General de ese apellido, historiador verídico y estudioso de la conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada,—y padre de la distinguida escritora, viuda del asimismo eminente escritor señor

José María Samper,—y por el Coronel Don José María, cuya hospitalidad con los viajeros no tenía límites; las otras tres eran muy conocidas por la laboriosidad, honradez y benevolencia de los miembros de ellas. Yá casi han desaparecido, en parte por emigración á otros lugares.

Al salir del poblado se pasa el riachuelo por un puente de hierro, que también se debe á la iniciativa del señor Nepomuceno Santamaría; puente que ha facilitado los viajes y el tráfico del camino, pues las avenidas del río eran frecuentes y peligrosas, hasta el punto de detener por dos ó tres días el paso de los viajeros y el de las cargas.

A pesar del puente, el día anterior al de mi paso, siete personas habían encontrado la muerte en una avenida repentina del río. Era domingo; los campesinos regresaban del mercado á sus casas, montados en caballos sedientos y acostumbrados á beber en el río, á la salida. Las orillas de éste son formadas por bancos altos de arena deleznable, al través de los cuales una entrada angosta y pendiente da acceso á las aguas: en las que, sin tener noticia de la creciente, las bestias y sus jinetes fueron arrebatados por las olas.

A pocas cuadras del puente se lee encima de una gran portada:

TUSCULUM.

Detrás de ella, un cafetal en buen estado, y por en medio de él, un camino bordado de grandes árboles frutales conduce á una casa pajiza de aspecto alegre y aseado, rodeada de jazmines y *bellísimas*, alternadas con canastillas de magníficas orquídeas. Esta casa pertenecía también al Doctor Murillo, quien, con ese nombre, mostraba su veneración por el gran patricio y orador romano, cuyo último aliento fue el último de la República.

En seguida empieza el ascenso de una cuesta cuya altura vertical, sobre el plano de Guaduas, alcanza á 400 metros, ó poco menos: desde la cumbre se goza de una espléndida vista sobre

la Cordillera Central, las llanuras de Mariquita, los valles del alto Magdalena y el curso de este río, que se distingue en un largo trayecto. Es una de las vistas más extensas que sobre una parte poblada de nuestras montañas puede gozarse en los Andes colombianos. Este sitio tiene 1,100 metros de altura sobre el Magdalena, y á veces, contemplando desde allí limpia la bóveda azul, se ven las nubes y se oye el retumbo del trueno debajo de nuestras plantas, y cuando el viento disipa el velo de esos espesos cúmulus, aparece la tierra surgiendo, como por primera vez la creación del seno del caos, según la tradición mosaica.

Del mismo espectáculo se goza desde el corredor de la casa de El Consuelo, media legua adelante; posada en la que, ordinariamente, se almuerza cuando se va de Guaduas hacia Honda, ó se pasa la noche si el viaje se hace en sentido contrario, cuando la partida de Honda se efectúa después de medio día.

Más consoladora es la posada á la subida, porque en ese sitio, á 1,000 metros de altura yá sobre el nivel del mar, se siente una temperatura agradable y se descansa por primera vez del calor sofocante del Magdalena. Por lo demás, difícil fuera encontrar grandes comodidades en un albergue visitado por tan reducido número de viajeros como el que transita por allí. Arrieros y traficantes muy pobres son los huéspedes habituales, cuyos consumos no dan para cubrir el gasto de habitaciones amplias, aseo esmerado, buena mesa y lechos cómodos y abrigados. Los viajeros franceses, sobre todo, que en nuestros caminos quisieran encontrar las comodidades de París, piden una cosa imposible.

Del Consuelo en adelante empiezan los calores de la zona tórrida en una bajada pedregosa á trechos, llena de fangales profundos en otros, que reclaman del pasajero paciencia y resignación verdaderamente cristianas: la sed mortifica; el sol lanza rayos de fuego en progresión tan incesante, que "parecería que despavesan", exclamaba una vez Bernardo Pardo; las bestias empiezan á dar señales evidentes de fatiga y las vegas ardientes del río amagan con no tener fin. Al cabo se llega, por entre

los rieles de un ferrocarril que no duró dos años siquiera, á unas barracas y banqueros que muestran el lugar en que una barca transporta los pasajeros á la orilla opuesta del Magdalena, en donde no pasaremos por hoy.

